

Aquel mismo día quedó cerrado el testamento; buscáronse testigos, fué aprobado por el anciano, firmado en su presencia, y archivado en casa del señor Deschamps, notario de la familia.

CAPITULO III

El telégrafo y el jardín

EL señor y la señora de Villefort supieron al volver á su casa, que el señor conde de Monte-Cristo había ido á hacerles una visita, y esperaba en el salón. La señora de Villefort, demasiado conmovida para entrar de repente, pasó á su tocador, mientras que el procurador del rey, más seguro de sí mismo, se dirigió inmediatamente al salón.

Por dueño que fuese de sus sensaciones, por bien que supiera componer su rostro, el señor de Villefort no pudo separar tan bien la nube que oscurecía su frente, que el conde de Monte-Cristo no reparase aquel aire sombrío y pensativo.

—¡Oh, Dios mío!—dijo Monte-Cristo después de los primeros saludos; —¿qué teneis, señor de Villefort? ¿he llegado tal vez en el momento en que extendiais alguna acusación de pena de muerte?

Villefort trató de sonreirse.

—No, señor conde,—dijo,—aquí no hay más víctima que yo; esta vez he perdido el pleito, y todo por una casualidad, una locura, una manía.

—¿Qué quereis decir?—preguntó Monte-Cristo con interés perfectamente fingido.—¿Os ha sucedido en realidad alguna desgracia grave?

—¡Oh señor conde,—dijo Villefort con una tranquilidad llena de amargura,—no vale la pena de que se hable de ello; ¡oh! no ha sido nada, una simple pérdida de dinero.

—En efecto,—respondió Monte-Cristo,—una pérdida de dinero es poca cosa para una fortuna como la que poseeis, y para un talento filosófico y elevado como el vuestro.

—Así, pues,—respondió Villefort,—no es la pérdida de dinero lo que me preocupa, aunque, después de todo, novecientos mil francos bien merecen ser sentidos, ó á lo menos causar un poco de despecho á la persona que los pierde. Pero sobre todo, lo que más me enoja es la casualidad, la fatalidad: no sé como llamar al poder que dirige el golpe que me hiere y destruye mis esperanzas de fortuna tal vez, y el porvenir de mi hija por un capricho de anciano...

—¡Calle!.. ¿qué decís?—exclamó el conde:—¿Novecientos mil fran-

cos habeis dicho? ¡Oh! esa suma merece, como decís, ser sentida de un filósofo. ¿Y quién os causa ese pesar?

—Mi padre, de quien ya os he hablado.

—¡El señor Noirtier! Pero vos me habeis dicho, si mal no recuerdo, que tanto él como todas sus facultades estaban completamente paralizadas...

—Sí, sus facultades físicas, porque no puede moverse; no puede hablar, y sin embargo, piensa, desea, obra como veis. Hace cinco minutos me he separado de él, y ahora mismo está ocupado en dictar un testamento á dos notarios.

—¿Pero ha hablado?

—No, se ha hecho comprender.

—¿Pues cómo?

—Por medio de la mirada; sus ojos han seguido viviendo, y bien lo veis, matan.

—Amigo mío,—dijo la señora de Villefort que acababa de entrar,—tal vez exagerais la situación.

—Señora...—dijo el conde inclinándose.

La señora de Villefort saludó al conde con la sonrisa más amable.

—¿Pero qué es lo que dice el señor de Villefort,—preguntó Monte-Cristo,—y qué desgracia incomprensible?...

—¡Incomprensible, esa es la palabra!—repuso el procurador del rey encogiéndose de hombros;—¡un capricho de anciano!

—¿No hay medio de hacerle revocar esa decisión?

—Sí tal,—dijo la señora de Villefort;—y aún diré que depende de mi marido el que ese testamento, en lugar de ser hecho en favor de los pobres, lo hubiera sido en favor de Valentina.

Al ver el conde que los dos esposos empezaban á hablar por parábolas, tomó un aire distraído y miró con la más profunda atención y con la aprobación más marcada á Eduardo, que derramaba tinta en el bebedero de los pájaros.

—Querida,—dijo Villefort respondiendo á su mujer,—bien sabeis que á mi no me gusta hacer de patriarca en mi casa, y que jamás he creído que la suerte del universo dependiese de un movimiento de mi cabeza. Sin embargo, importa que mis decisiones sean respetadas en mi familia, y que la locura de un anciano y el capricho de una niña no destruyan un proyecto fijo en mi imaginación hace muchos años. El barón d'Epinau era mi amigo, y una alianza con su hijo sería muy conveniente.

—¿No creéis,—dijo la señora de Villefort,—que Valentina está de acuerdo con él?... en efecto... siempre ha sido opuesta á ese casamiento, y no me admiraría que todo lo que acabamos de presenciar fuese un plan concertado entre ellos.

—Señora,—dijo Villefort,—creedme, no se renuncia así á una fortuna de novecientos mil francos.

—Renunciaba al mundo, caballero, puesto que hace un año quería entrar en un convento.

—No importa,—repuso Villefort,—repito que ese casamiento se hará, señora.

—¿A pesar de la voluntad de vuestro padre?—dijo la señora de Villefort, atacando otra cuerda,—¡eso es muy grave!

Monte Cristo hacía como que no escuchaba, y sin embargo, no perdía palabra de lo que hablaban.

—Señora,—repuso Villefort,—puedo decir que siempre he respetado á mi padre, porque al sentimiento natural de la descendencia iba unido en mí el convencimiento de la superioridad moral, porque al fin un padre es sagrado bajo dos aspectos; sagrado como nuestro creador, sagrado como nuestro dueño; pero hoy debo renunciar á reconocer inteligencia en el anciano que, por un simple recuerdo de odio contra el padre, persigue así al hijo; sería, pues, ridículo para mí, conformar mi conducta á sus caprichos. Seguiré siempre respetando al señor Noirtier. Sufriré sin quejarme el castigo pecuniario que me impone: pero permaneceré firme en mi voluntad, y el mundo apreciará de parte de quien estaba la razón. En fin, yo casaré á mi hija con el barón Franz d'Épinay, porque este casamiento es á mi juicio bueno, y sobre todo porque esta es mi voluntad.

—¿Y qué?—dijo el conde, cuya aprobación había solicitado con una mirada el procurador del rey;—¿y qué? ¿el señor Noirtier deshereda á la señorita Valentina porque se va á casar con el señor barón Franz d'Épinay!

—¡Oh! sí, sí, señor, esa es la razón,—dijo Villefort encogiéndose de hombros.

—La razón visible á lo menos,—añadió la señora de Villefort.

—La razón real, señora. Creedme, yo conozco á mi padre.

—¿Como se concibe eso?—respondió la joven;—¿en que puede desagradar el señor d'Épinay al señor de Noirtier?

—En efecto,—dijo el conde,—he conocido al señor Franz d'Épinay: el hijo del general Quesnel, ¿no es verdad que fué hecho barón d'Épinay por el rey Carlos X?

—¡Justamente!—repuso Villefort.

—¡Pues bien!... ¡es un joven encantador á mi parecer!

—¡Oh! estoy segura de que no es más que un pretexto,—dijo la señora de Villefort;—los ancianos son muy tercos: ¡y el señor Noirtier no quiere que su nieta se case!

—Pero,—dijo Monte-Cristo,—¿no sabeis la causa de ese odio?

—¡Oh! ¿quién puede saber?...

—¿Alguna antipatía política tal vez?...

—En efecto, mi padre y el señor d'Epinay han vivido en tiempos revueltos, de que yo no he visto más que los últimos días,—dijo Villefort.

—¿No era bonapartista vuestro padre?—preguntó Monte-Cristo.—Creo acordarme de que vos me habeis dicho una cosa por ese estilo.

—Mi padre ha sido jacobino antes de todo,—repuso Villefort,—y la túnica de senador que le puso sobre los hombros Napoleón, no hacía más que disfrazar al antiguo revolucionario, aunque sin cambiarle. Cuando mi padre conspiraba, no era por el emperador, era contra los Borbones.

—¡Pues bien!—dijo Monte-Cristo;—eso es; el señor Noirtier y el señor d'Epinay, se habrán encontrado en esas trifulcas políticas. El general d'Epinay, aunque sirvió á Napoleón, tenía en el fondo del corazón sentimientos realistas, y fué asesinado una noche al salir de un club de partidarios de Napoleón, á donde le habían atraído con la esperanza de encontrar en él un hermano.

Villefort miró al conde casi con terror.

—Me engaño, tal vez...—dijo Monte-Cristo.

—No, caballero,—dijo la señora de Villefort,—y esa al contrario, es la causá porque el señor de Villefort ha querido que se amasen dos hijos cuyos padres se habían aborrecido.

—¡Sublime idea!...—dijo Monte-Cristo,—idea llena de caridad y que debía ser aplaudida por el mundo. En efecto, sería hermoso ver llamar á la señorita Noirtier de Villefort, señora Franz d'Epinay.

Villefort se estremeció y miró á Monte-Cristo como si hubiese querido leer en el fondo de su corazón la intención que había dictado las palabras que acababa de pronunciar.

Pero el conde conservó su bondadosa sonrisa en los labios, y tampoco esta vez, á pesar de la profundidad de sus miradas, pudo el procurador del rey traspasar la epidermis.

—Así, pues,—repuso Villefort,—aunque sea una gran desgracia para Valentina el perder los bienes de su abuelo, no pienso que por eso se desbarate el casamiento; no lo creo del carácter del señor d'Epinay: tal vez conozca el sacrificio que yo he hecho por cumplir su palabra, calculará que Valentina es rica por su madre y por el señor y la señora de Saint-Merán, sus abuelos maternos, que la aman tiernamente, amor correspondido por parte de ella.

—Y bien merecen ser amados,—dijo la señora de Villefort;—además van á venir á París dentro de un mes todo lo más; y Valentina, después de tal afrenta, tendrá que refugiarse como lo ha hecho hasta aquí al lado del señor Noirtier.

El conde escuchaba complacido la voz contraria de estos amores propios heridos, y de estos intereses destruídos

—Pero yo creo,—dijo Monte-Cristo después de un instante de silencio,—y os pido perdón de antemano por lo que voy á decíros; yo creo que si el señor Noirtier deshereda á la señorita de Villefort por querer casarse con un joven á cuyo padre ha detestado, no tiene que echar en cara lo mismo al pobre Eduardito.

—Teneis razón, caballero,—exclamó la señora de Villefort con una entonación imposible de describir;—eso es injusto, odiosamente injusto; ese pobre Eduardo tan nieta es del señor Noirtier como Valentina, y sin embargo, si Valentina no se casase con el señor d'Epinay, el señor Noirtier la dejaría toda su fortuna; además, Eduardo lleva también el nombre de la familia, lo cual no impide que de todos modos Valentina sea tres veces más rica que él.

El conde seguía escuchando con atención.

—Mirad,—dijo Villefort,—mirad, señor conde, dejemos esas pequeñeces de familia; sí, es verdad, mi caudal aumentará la renta de los pobres, que son ahora los verdaderos ricos. Mi padre me habrá frustrado una esperanza legítima, sin razón; pero yo habré obrado como un hombre de gran corazón. El señor d'Epinay, á quien yo había prometido esta suma, la recibirá, aunque para ello tuviera que imponerme las mayores privaciones.

—Sin embargo,—repuso la señora de Villefort volviendo á la única idea que murmuraba sin cesar en su corazón,—tal vez sería mejor confiar este suceso al señor d'Espinay, y que volviese á dar su palabra.

—¡Oh! ¡sería una gran desgracia!—exclamó Villefort.

—¡Una gran desgracia!—repitió Monte-Cristo.

—Sin duda,—repuso Villefort,—un casamiento desbaratado, y por razones pecuniarias, favorece muy poco á una joven: luego después, volverían á nacer antiguos rumores que yo quería apagar. Pero no, no sucederá tal; el señor d'Epinay, si es honrado, se verá más comprometido que antes con motivo de la desheredación; si no, obraría como un avaro: no, ¡es imposible!

—Yo pienso como el señor de Villefort,—dijo el señor de Monte-Cristo fijando su mirada sobre la señora de Villefort;—y si fuese bastante amigo vuestro para daros un consejo, os invitaría, puesto que el señor d'Epinay va á volver pronto, á anudar ese asunto de modo que fuese imposible desatarlo; le comprometería de tal manera, que no tuviese más remedio que acceder á los deseos del señor de Villefort.

Este último se levantó transportado de una alegría visible, mientras que su mujer palidecía ligeramente.

—Bien,—dijo:—eso es todo lo que yo pedía, y me alegraría infinito ser tan buen consejero como vos,—dijo presentando la mano á Monte-Cristo.—Así, pues, que todos consideren lo que ha sucedido hoy, como si nada hubiera pasado: nada se ha cambiado de nuestros proyectos.

—Caballero,—dijo el conde,—el mundo, por injusto que sea, sabrá apreciar como es debido de vuestra resolución, os respondo de ello; vuestros amigos se orgullecerán, y el señor d' Epinay, aunque tuviese que tomar sin dote á la señorita de Villefort, tendrá un gran placer en una familia que sabe elevarse á la altura de tales sacrificios para cumplir su palabra y su deber.

Y al acabar de pronunciar estas palabras se había levantado y se disponía á partir.

—¿Nos dejais ya, señor conde?—preguntó la señora de Villefort.

—Es preciso señora; venía solo á recordaros vuestra promesa: hasta el sábado.

—¿Temiais que la hubiese olvidado?

—Sois demasiado buena, pero el señor de Villefort tiene á veces tan graves y tan urgentes ocupaciones...

—Mi marido ha dado su palabra, caballero,—dijo la señora de Villefort:—bien veis que la cumple aun cuando sea en perjuicio suyo: ¿cómo no la cumpliría cuando gana en ello?

—Y será la reunión;—preguntó Villefort—¿en vuestra casa de los Campos Elíseos?

—No,—dijo Monte-Cristo,—y por eso tendrá más mérito vuestra asistencia en el campo.

—¿En el campo?

—Sí.

—¿Y dónde? será cerca de París, ¿no es verdad?

—A media milla de la barrera, en Auteuil.

—¿En Auteuil!—exclamó Villefort.—Ah! ¡es verdad! mi mujer me ha dicho que viviais allí algunas veces, puesto que teniais una preciosa casa. ¿Y en qué sitio?

—En la calle de la Fontaine.

—¿Calle de la Fontaine?—repuso Villefort con voz ahogada;—¿y en que número?

—En el 28.

—¡Oh!—exclamó Villefort...—¿luego entonces es á vos á quien han vendido la casa del señor de Saint-Merán?

—¿Del señor de Saint Merán?—preguntó Monte Cristo.—¿Pertenece esa casa al señor de Saint Merán?

—Sí,—repuso la señora de Villefort;—¿y creereis una cosa, señor conde?

—¿Qué?

—Encontrais bonita esa casa, ¿no es verdad?

—Encantadora.

—Pues bien, mi marido no ha querido habitarla nunca.

—¡Oh!—repuso Monte-Cristo;—en verdad, caballero, es una prevención cuya causa no puede adivinar.

—No me gusta vivir en Auteuil,—respondió el procurador del rey haciendo un esfuerzo sobre sí mismo,

—Pero no seré tan desgraciado,—dijo con inquietud Monte-Cristo,—que esa antipatía me prive de la dicha de recibirlos.

—No, señor conde... así lo espero... creed que haré todo cuanto pueda,—murmuró Villefort.

—¡Oh!—repuso Monte-Cristo,—no admito excusa. El sábado á las seis os espero; y si no vais, creeré... ¿qué sé yo?... Que hay acerca de esa casa inhabitada después de veinte años... alguna lúgubre tradición, alguna sangrienta leyenda.

—Iré, señor conde, iré,—dijo vivamente Villefort.

—Gracias,—dijo Monte-Cristo.—Ahora es preciso que me permitais despedirme de vos.

—En efecto, habeis dicho que teníais precisión de dejarnos,—dijo la señora de Villefort.—Y creo que íbais á decirnos la causa de vuestra marcha repentina.

—En verdad, señora,—dijo Monte-Cristo,—no sé si me atreveré á deciros dónde voy.

—¡Bah! perded ese temor...

—Pues voy á visitar una cosa que me ha hecho pensar horas enteras.

—¿El qué?

—Un telégrafo óptico.

—¡Un telégrafo!—repitió la señora de Villefort.

—Sí, sí, un telégrafo. He visto varias veces en un camino sobre un montón de tierra, levantarse esos brazos negros semejantes á las patas de un inmenso insecto, y nunca sin emoción, os lo juro, porque pensaba que aquellas señales extrañas hendiendo el aire con tanta precisión, y que llevaban á trescientas leguas la voluntad desconocida de un hombre sentado delante de una mesa, á otro hombre sentado al extremo de la línea delante de otra mesa, se dibujaban sobre el gris de las nubes ó el azul cielo, solo por la fuerza del capricho de aquel jefe todopoderoso; entonces creía en los genios, en las sílfides, en fin, en los poderes ocultos, y me reía. Ahora, pues, nunca me habían dado ganas de ver de cerca á aquellos inmensos insectos de vientres blancos, y de patas negras y delgadas, porque temía encontrar debajo de sus alas de piedra al pequeño genio humano pedante, atestado de ciencia y magia. Pero una mañana supe que el motor de cada telégrafo era un pobre diablo de empleado con mil doscientos francos al año, ocupado todo el día en mirar, no al cielo, como un astrónomo, ni al agua, como un pescador, ni al paisaje, como un cerebro vacío, sino á su correspondiente insecto, blanco tambien de patas negras y delgadas, colocado á cuatro ó cinco leguas de

distancia. Entonces sentí mucha curiosidad por ver de cerca á aquel insecto y asistir á la operación que usaba para comunicar las noticias al otro.

—¿Y ahora vais allá?

—Sí.

—¿A qué telégrafo? ¿Al del ministerio del Interior ó al del Observatorio?

—¡Oh! no; encontraría en ellos personas que me querrían obligar á comprender cosas que yo quiero ignorar, y me explicarían á mi pesar un misterio que ellos mismos no conocen. ¡Diablo! quiero conservar las ilusiones que tengo aún sobre los insectos; bastante es el haber perdido las que tenía sobre los hombres. No iré, pues, al telégrafo del ministerio del Interior, ni al del Observatorio. Lo que deseo ver es el telégrafo del campo, para encontrar en él al hombre honrado petrificado en su torre.

—Sois un singular gran señor,—dijo Villefort.

—¿Qué línea me aconsejais que estudie?

—De la que más se ocupan todos hasta ahora.

—¡Bueno! de la de España: ¿eh?

—Justamente.

—¿Quereis una carta del ministro para que os expliquen?...

—No,—dijo Monte-Cristo,—porque os repito que no quiero comprender nada. Desde el momento en que comprenda algo, ya no habrá telégrafo, no habrá más que una señal del señor Duchatel ó del señor Montivalet transmitida al prefecto de Bayona en dos palabras griegas: *tele-graphos*. El insecto de la palabra espantosa es lo que yo quiero conservar en toda pureza y en toda mi veneración.

—Pues marchad, porque dentro de dos horas, será de noche y no vereis nada.

—¡Diablo! ¡me asustais! ¿cuál es el más próximo?

—El del camino de Bayona.

—¡Bien, sea el del camino de Bayona!

—El de Chatillón.

—¿Y después del de Chatillon?

—El de la torre de Montlhery, según creo.

—¡Gracias! hasta la vista, el sábado os contaré mis impresiones.

Encontróse el conde á la puerta á los dos notarios que acababan de desheredar á Valentina, y que se retiraban encantados de haber extendido un acta de tal especie que no podía menos de hacerles mucho honor.

El conde de Monte Cristo no fué, como había dicho aquella tarde á visitar el telégrafo; pero la mañana siguiente salió por la barrera del Infierno, tomó el camino de Orleans, pasó el pueblo de Linas sin detenerse en el telégrafo, que justamente en el momento en que pasaba el conde, hacía mover sus largos y descarnados brazos, y llegó á la torre.

de Montlhery, situada, como se sabe, sobre el punto más elevado de la llanura de este nombre.

Al pié de la colina, el conde echó pié á tierra, y por un pequeño sendero circular de diez y ocho pulgadas de ancho, empezó á subir la montaña: así que hubo llegado á la cima, se encontró detenido por un vallado sobre el cual los frutos verdes habían sucedido á las flores sonrosadas y blancas.

Monte-Cristo buscó la puerta del jardinito, y no tardó en hallarla. Consistía ésta en una especie de enrejado de madera, que rodaba sobre goznes de mimbre, y cerrada por medio de un clavo y de un bramante bastante grueso. En un instante quedó el conde enterado del mecanismo y la puerta se abrió.

Encontróse entonces en un jardinito de veinte pies de largo por doce de ancho, limitado un lado por la parte de cerca en la cual estaba colocada la ingeniosa máquina que hemos descrito bajo el nombre de puerta; y el otro por la antigua torre cubierta de musgo, de hiedra y de alelíes silvestres.

Nadie hubiera creído al verla tan florecida, que podría contar tantos dramas terribles, si uniese una voz á los oídos amenazadores que un antiguo proverbio apropia á las paredes.

Recorríase este jardín siguiendo una calle de árboles cubierta de arena roja. Esta calle tenía la forma de un 8, y daba vueltas enlazándose de modo que hacía en un jardín de veinte pies un paseo de sesenta. Jamás fué honrada Flora, la risueña y fresca diosa de los jardineros latinos, con un culto tan minucioso y tan puro como lo era el que la rendían en este jardinito.

En efecto, de veinte rosales que brotaban en el jardín, de cuyas hojas no había una que no llevase señal de las picaduras de los moscones, ni siquiera una planta que no estuviese dañada por los pulgones ó insectos que asolan y roen las plantas que nacen sobre un terreno húmedo, no era sin embargo humedad lo que faltaba á este jardín; la tierra negra como el lodo, el opaco follaje de los árboles lo denotaban bien; por otra parte la humedad ficticia hubiera suplido pronto á la humedad natural, gracias á un pequeño estanque redondo lleno de agua encenagada que había en uno de los ángulos del jardín, y en el cual permanecían continuamente sobre una capa de verdín, una rana y un sapo que sin duda por la contrariedad de humor se volvían continuamente la espalda en los dos puntos opuestos del círculo del estanque.

Por otra parte, no se veía una yerba en la calle de árboles, ni un mal retoño parásito; y sin embargo, sería imposible cuidar con más esmero aquel jardín que su dueño, hasta entonces invisible.

Monte-Cristo se paró después de haber sujetado la puerta con su clavo y con su cuerda, y abrazó con una mirada toda la propiedad.

De repente tropezó con un bulto, oculto detrás de una especie de matorral; este bulto se levantó dejando escapar una exclamación que denotaba asombro, y Monte-Cristo se encontró en frente de un buen hombre que representaba unos cincuenta años y que recogía fresas, las cuales iba colocando sobre hojas de parra.

Tenía doce hojas de parra y casi la misma cantidad de fresas.

El buen hombre, al levantarse estuvo á pique de dejar caer las fresas, las hojas y un plato que también llevaba consigo.

—¡Ola! estais recogiendo fresas, ¡eh!—dijo Monte-Cristo sonriendo.

—Perdonad, caballero,—respondió el buen hombre quitándose su gorra,—no estoy allá arriba, es verdad; pero ahora mismo acabo de bajar.

—Que no os incomode yo en nada, amigo mío,—dijo el conde,—coged vuestras fresas, si aún os queda alguna por coger.

—Aún quedan diez,—dijo el hombre,—porque aquí hay once, y yo conté ayer veinte y una, cinco más que el año pasado. Pero no es extraño; la primavera ha sido este año muy calurosa, y ya sabéis, que lo que las fresas necesitan es el calor. Ahí teneis por qué en lugar de diez y seis que cogí el año pasado tengo este año, mirad, once cogidas, trece... catorce... quince... diez y seis... diez y siete... diez y ocho... ¡Oh! ¡Dios mío! me faltan tres, pues ayer estaban, caballero, ayer estaban, no me cabe duda, las conté muy bien. Nadie sino el hijo de la tía Simona puede habérmelas quitado; ¡esta mañana me pareció haberlo visto andar por aquí! ¡Robar en un jardín, no sabe él bien á lo que esto puede conducirle!...

—En efecto,—dijo Monte-Cristo,—eso es muy grave, pero vos os vengareis del niño ese, no ofreciéndole ninguna ni á él ni á su madre.

—Seguramente,—dijo el jardinero;—sin embargo, no es por eso menos desagradable... Pero os pido perdón, de nuevo, caballero: ¿es tal vez á algún jefe á quien hago esperar?

E interrogaba con una mirada tímida al conde y á su frac azul.

—Tranquilizaos, amigo mío,—dijo el conde con aquella sonrisa que tan terrible y tan bondadosa sabía hacer, según su voluntad, y que esta vez no expresaba más que bondad,—no soy un jefe que vengo á inspeccionar vuestras acciones, sino un simple viajero conducido por la curiosidad, y que empieza á echarse en cara su visita al ver que os hace perder vuestro tiempo.

—¡Oh! mi tiempo no es escaso,—repuso el buen hombre con una sonrisa melancólica.—Sin embargo, es el tiempo del gobierno, y yo no debiera perderle; pero había recibido la señal que me anunciaba que podía descansar una hora, y miró hácia un cuadrante solar, porque de todo había en la torre de Montlhery, y ya veis, aún tenía diez minutos

de que disponer; además mis fresas estaban maduras y un día más... Por otra parte, ¿creeríais, caballero, que los lirones me las comen?

—¡Calle!... pues no lo hubiera creído,—respondió gravemente Monte-Cristo,—es una vecindad muy mala la de los lirones, particularmente para nosotros que no los comemos empapados en miel como hacían los romanos.

—¡Ah! ¿los romanos los comían?...—exclamó el jardinero,—¿se comían los lirones?

—Yo lo he leído en Petronio,—dijo el conde.

—¿De veras?... pues no deben estar buenos aunque se diga: gordo como un lirón. Y no es extraño, caballero, que los lirones estén gordos, atendido á que no hacen más que dormir en todo el santo día, y no se despiertan sino para roer y hacer daño durante la noche. Mirad, el año pasado tenía yo cuatro albaricoques, me comieron uno. Yo tenía también un abridor, uno solo, es verdad que esta es fruta rara; pues me lo devoraron... es decir, la mitad; un abridor soberbio y que estaba excelente. ¡Nunca he comido otro igual!

—¿Pues como lo comisteis?...—preguntó Monte-Cristo.

—Es decir, la mitad que quedaba, ya comprendereis. Estaba exquisito, caballero, ¡Ah! ¡diantre! esos señores no escogen los peores bocados. Lo mismo que el hijo de la tía Simona, no ha elegido las peores fresas. Pero este año,—continuó el jardinero,—no sucederá eso aunque tenga que pasar la noche de centinela cuando yo vea que estén prontas á madurar.

Monte Cristo había visto bastante ya para poder juzgar. Cada hombre tiene su pasión, lo mismo que cada fruta su gusano; la del hombre del telégrafo, era como se ha visto una extremada afición al cultivo de las flores y de las frutas.

Entonces Monte Cristo empezó á quitar las hojas que cubrían las uvas de los rayos del sol, conquistando así la voluntad del jardinero que dijo:

—¿El señor habrá venido tal vez para ver el telégrafo?

—Sí, señor, si no está prohibido por los reglamentos.

—¡Oh! no, señor,—dijo el jardinero,—atendido á que no hay nada de peligroso, puesto que nadie sabe ni puede saber lo que decimos.

—Me han dicho, en efecto,—repuso el conde,—que repetís señales que vos mismo no comprendéis.

—Seguramente, caballero, y me agrada más así,—dijo riendo el hombre del telégrafo.

—¿Porqué os agrada más así?

—Porque de este modo no tengo responsabilidad. Yo soy una máquina, y con tal que obre no me piden más.

—¡Diablo!—se dijo Monte-Cristo,—¿pero habré dado por casualidad con un hombre que no tuviese ambición?... sería jugar con desgracia.

—Caballero,—dijo el jardinero echando una ojeada hácia su cuadrante solar,—los diez minutos van á expirar, yo vuelvo á mi puesto. ¿Queréis subir conmigo?

—Ya os sigo.

Monte Cristo entró en la torre dividida en tres pisos: el bajo contenía algunos instrumentos de labranza, como azadones, picos, regaderas, apoyados contra la pared; este era todo el mueblaje.

El segundo piso era la habitación ordinaria ó más bien nocturna del empleado; contenía algunos utensilios pobres, como una cama, una mesa, dos sillas, una fuente de barro, además algunas yerbas secas colgadas del techo, y que el conde reconoció por manzanas de olor y albaricoques de España cuyas semillas conservaba el buen hombre; todo esto lo tenía tan bien guardado como hubiera podido hacerlo un maestro botánico del jardín de plantas.

—¿Se necesita mucho tiempo para aprender la telegrafía, amigo mío?...—preguntó Monte Cristo.

—No es tan largo el estudio como el de los supernumerarios.

—¿Y qué sueldo teneis?...

—Mil francos, caballero.

—No es mucho.

—No, pero dan la habitación, como veis.

Monte-Cristo miró el cuarto.

Pasaron después al tercer piso; éste era la pieza destinada al telégrafo. Monte-Cristo miró á su vez las dos máquinas de hierro, con ayuda de las cuales hacía mover la máquina el empleado.

—Esto es muy interesante,—dijo,—pero es una vida que deberá pareceros un poco insípida.

—Sí, al principio duelen un poco los ojos á fuerza de tanto mirar, pero al cabo de uno ó dos años se acostumbra uno á ello; luego despues también nosotros tenemos nuestras horas de recreo y nuestros días de vacaciones.

—¿Vuestros días de vacaciones?

—Sí.

—¿Cuales?

—Los nublados.

—¡Ah! es justo.

—Esos son mis días de fiesta; bajo al jardín estos días, planto, cavo, siembro... y en fin... se pasa el rato...

—¿Cuanto tiempo hace que estais aquí?

—Diez años y cinco de supernumerario... son quince...

—Vos teneis...

—Cincuenta y cinco años...

—¿Cuánto tiempo de servicio necesitais para obtener la pensión?...

- ¡Oh! caballero, veinticinco años.
—¿Y de cuánto es esa pensión?...
—De cien escudos.
—¡Pobre humanidad!—murmuró Monte-Cristo.
—¿Qué decís?...—preguntó el empleado.
—Que eso es muy interesante...
—El qué...
—Todo lo que decís... ¿y vos no comprendéis nada de vuestras señales?
—Nada absolutamente.
—¿Ni habeis tratado de ello?
—Jamás: ¿y de qué me serviría?
—Sin embargo, señales hay que se dirigen á vos.
—Sin duda.
—Y esas, sí las comprendereis.
—Siempre son las mismas.
—¿Y dicen?
—*Nada de nuevo... teneis una hora... ó hasta mañana...*
—Eso es muy inocente,—dijo el conde;—pero mirad, ¿no veis á vuestro telégrafo opuesto que se pone en movimiento?
—Ah, es verdad; gracias, caballero.
—¿Y qué os dice? ¿comprendéis algo?
—Sí, me pregunta si estoy pronto.
—¿Y le respondeis?
—Por la misma señal, que revela á mi correspondiente de la derecha que le atiendo, mientras que invita al de la izquierda que se prepare á su vez.
—Eso es muy ingenioso,—dijo el conde.
—Vais á ver,—repuso con orgullo el buen hombre,—dentro de cinco minutos va á hablar.
—Tengo aún cinco minutos,—dijo Monte-Cristo, esto es más de lo que necesito.—Amigo mío, permitid que os haga una pregunta.
—Hablad.
—¿Sois aficionado á los jardines?
—En extremo.
—¿Y seríais feliz si en lugar de tener un jardinillo de veinte piés, tuviéseis una huerta y jardín de dos fanegas de tierra?
—Señor, haría un paraíso terrestre.
—¿Vivis mal con vuestros mil francos?
—Bastante mal; pero en fin vivo.
—Sí, pero no teneis más que un miserable jardín.
—¡Ah! es verdad, el jardín no es grande...
—Y... pequeño como es, devorado por los lirones.

- Esa es una plaga...
- Decidme, ¿y si tuviéseis la desgracia de volver la cabeza cuando vuestro correspondiente hablase?...
- No le vería.
- Entonces ¿qué sucedería?
- Que no podría repetir sus señales...
- ¿Y qué?
- Y no repitiéndolas por descuido ó por lo que fuese... me exigirían la multa.
- ¿De cuánto es esa multa?...
- De cien francos.
- La décima parte de vuestro sueldo; ¡es una diversión!
- ¡Ah!—exclamó el empleado.
- ¿Os ha sucedido eso alguna vez?—dijo Monte-Cristo.
- Una vez, caballero, una vez que estaba regando un rosal.
- Bien. ¿Y si ahora cambiaseis alguna señal ó transmitieseis otra?
- Entonces, eso es diferente, sería despedido y perdería mi pensión.
- ¿Trescientos francos?
- Cien escudos, sí señor; con que ya comprendereis que nunca haré tal cosa.
- ¿Ni por quince años de vuestro sueldo? Mirad que eso merece reflexionarse bien.
- ¿Por quince mil francos?
- Sí.
- Caballero, me espantais.
- ¡Bah!
- Caballero, vos quereis tentarme.
- ¡Justamente! Quince mil francos.
- Caballero, dejadme mirar á mi correspondiente de la derecha.
- Al contrario, no le mireis y mirad esto.
- ¿Qué es eso?
- ¡Como! ¿No conoceis estos papelitos?
- ¿Billetes de Banco?
- Justo; quince hay.
- ¿Y á quién pertenecen?
- A vos, si quereis.
- ¡A mí—exclamó el empleado sofocado.
- ¡Oh Dios mío! á vos, sí á vos.
- Caballero, ya empieza á moverse mi correspondiente de la derecha.
- Dejadle moverse...
- Caballero; me habeis distraído, y me van á exigir la multa.
- Eso os costará cien francos; bien veis que teneis interés en tomar mis quince billetes de Banco.

—Caballero, mi correspondiente de la derecha se impacienta, redobla sus señales.

—Dejadle obrar; y tomad.

El conde puso el paquete en las manos del empleado.

—Ahora,—dijo,—esto no basta; con vuestros quince mil francos no podreis vivir.

—Conservaré mi destino.

—No, ¡le perdereis! porque vais á hacer otra señal que la de vuestro correspondiente.

—¡Oh! caballero, ¿qué es lo que me proponeis?

—Una chiquillada.

—Caballero, á menos de obligarme...

—Pienso obligaros efectivamente...

Y Monte Cristo sacó de su bolsillo otro paquete.

—Aquí teneis otros diez mil francos,—dijo,—con los quince que están en vuestro bolsillo, son veinte y cinco mil. Con cinco mil francos comprareis una bonita casa y dos fanegas de tierra; con los veinte mil podreis procuraros mil francos de renta.

—¿Un jardín de dos fanegas?

—Y mil francos de renta.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!...

—¡Tomad pues!...

Y Monte-Cristo puso á la fuerza en la mano del empleado el otro paquete de diez mil francos.

—¿Que debo hacer?...

—Nada que os cueste trabajo.

—Bien, ¿pero qué?...

—Repetir las señales que os voy á dar.

Monte Cristo sacó de su bolsillo un papel en el que había trazadas tres señales y otros tantos números indicaban el orden con que debían ejecutarse.

—No será muy largo como veis.

—Sí, pero...

—¡Por este poco trabajo tendreis albaricoques buenos!...

El empleado empezó á maniobrar; rojo y sudando á mares, el buen hombre ejecutó una tras otra las tres señales que le dió el conde, y á pesar de las espantosas dislocaciones del correspondiente de la derecha, que no comprendiendo nada de este cambio, empezaba á creer que el hombre de los albaricoques se había vuelto loco.

En cuanto al correspondiente de la izquierda, repitió concienzudamente las mismas señales, que fueron recogidas en el ministerio del Interior.

—Ahora sois ya rico,—dijo Monte-Cristo.

—Sí,—respondió el empleado,—¿pero á qué precio?

—Escuchad, amigo mío,—dijo Monte-Cristo,—no quiero que tengais remordimientos; creedme, porque os lo juro, no habeis causado ningún perjuicio á nadie, y al contrario habeis hecho una buena acción.

El empleado veía los billetes de Banco, los palpaba, los contaba, se ponía pálido, se ponía sofocado; al fin se precipitó hácia su cuarto para beber un vaso de agua; pero no tuvo tiempo para llegar hasta la fuente, y se desmayó en medio de sus albaricoques secos.

Cinco minutos después de haber llegado al ministerio la noticia telegráfica, Debray hizo enganchar los caballos á su cupé, y corrió á casa de Danglars.

—¿Tiene vuestro marido papel del empréstito español?—dijo á la baronesa.

—¡Ya lo creo! lo menos seis millones

—Que los venda á cualquier precio.

—¿Por qué?

—Porque don Carlos se ha escapado de Bourges y ha entrado en España.

—¿Cómo lo sabeis?

—¡Diantre! ¡cómo sé yo todas las noticias!

La baronesa no se lo hizo repetir otra vez, corrió á ver á su marido, el cual corrió á su vez á casa de su agente de cambio, y le mandó que lo vendiese todo á cualquier precio.

Cuando todos vieron que Danglars vendía los fondos españoles, bajaron al punto. Danglars perdió quinientos mil francos, pero se deshizo de todo el papel de interés...

Aquella noche se leía en el *Messenger*:

Despacho telegráfico.

«El rey don Carlos se ha escapado de Bourges, y ha entrado en España por la frontera de Cataluña. Barcelona se ha sublevado en favor suyo.»

Toda la noche no se habló más que de la previsión de Danglars que había vendido sus créditos, y de la felicidad que había tenido de no perder más que quinientos mil francos en semejante jugada.

Los que habían conservado sus vales, ó los que habían comprado los de Danglars, se consideraron arruinados, y pasaron una mala noche.

Al día siguiente se leía en el *Moniteur*:

«No tenía ningún fundamento la noticia del *Messenger* de anoche que anunciaba la fuga de don Carlos y la sublevación de Barcelona.

»El rey don Carlos no ha salido de Bourges, y la Península goza de la más perfecta tranquilidad.

»Una señal telegráfica, mal interpretada, á causa de la niebla, ha dado lugar á este error.»

Los fondos subieron al doble de lo que habían bajado.

Esto causó á Danglars la pérdida de un millón.

—¡Bueno!—dijo Monte-Cristo á Morrel, que estaba en su casa en el momento en que le anunciaba la extraña jugada de que había sido víctima Danglars;—acabo de hacer por veinte mil francos un descubrimiento por que hubiera dado cien mil.

—¿Qué habeis descubierto?—preguntó Maximiliano.

—Acabo de descubrir el medio de librar á un jardinero de los lirones que le comían sus albaricoques...

CAPITULO IV

Los fantasmas

EXAMINADA por fuera y á primera vista la casa de Auteuil nada tenía de espléndida, nada de lo que se debía esperar de una habitación destinada al conde de Monte-Cristo; pero esta sencillez dependía de la voluntad de su dueño, que había mandado no variasen el exterior; mas apenas se abría la puerta presentaba un espectáculo diferente.

El señor Bertuccio había estado sumamente acertado en la elección y gusto de los muebles y adornos y en la rapidez de la ejecución; así como en otro tiempo el duque de Antín había hecho que derribasen en una noche una calle de árboles que incomodaba á Luis XIV, el señor Bertuccio había hecho construir en tres días un patio completamente descubierto, y hermosos álamos y sicomoros daban sombra á la fachada principal de la casa, delante de la cual, en lugar de un enlosado medio oculto entre la yerba, se extendía una alfombra de musgo, que había sido plantado aquella misma mañana, y sobre el cual brillaban aún las gotas de agua con que había sido regado.

Por otra parte, las órdenes habían salido del conde, que entregó á Bertuccio un plano indicando el número y lugar que los árboles debían ser plantados, la forma y el espacio de musgo que debía suceder al enlosado.

En fin, la casa estaba desconocida; y Bertuccio protestaba que había